

gunda rama siempre que los reyes dexaban á su muerte muchos hijos.

Entre la multitud de príncipes que ocuparon en el séptimo siglo los diferentes tronos de la Francia, Dagoberto I. que empezó á reynar en el año de 628 es el único que merece fixar los respetos de la razon, no por esto fué mas grande hombre y mejor rey que los otros, supuesto que la historia le echa en cara crueldades, prostituciones, violencias y rapiñas que le hicieron odioso á sus pueblos; pero sí por haber conocido por un esfuerzo del entendimiento humano (que parece superior á un siglo tan bárbaro) la necesidad de poner en orden las leyes confusas y muchas veces contradictorias, por las cuales se regian los franceses. Encargó, pues, este trabajo á los hombres mas sabios de aquel tiempo, que habia sido ya comenzado baxo Childeberto II. en el siglo precedente, y continuando en éste baxo Clotario II.; pero Dagoberto lo hizo renovar con mejor método, y tuvo la gloria de verlo concluido. Esta compilacion de leyes salicas, ripuarias, germánicas, es el mas bello monumento de aquel grosero siglo en que los verdaderos principios de la legislacion eran tan poco conocidos.

Desde mediados de este siglo comenzaron los príncipes franceses á perder parte de su poder, mientras los grandes se hacian mas poderosos: este mal se aumentó de dia en dia por la indolencia á que se abandonaron los reyes de la primera rama: el poder de los gobernadores de palacio crecia á proporcion que se debilitaba la autoridad de los soberanos. Estos ministros ambiciosos y hábiles, que debieron su creacion y el origen de su poder á Clotario II. bien presto no dexaron á sus dueños sino el vano título de reyes; finalmente, se vieron bastante poderosos y temidos para sentarse sobre el trono, cuyo peso ya sostenian, y cuyos cargos desempeñaban: preparada esta revolucion hácia el fin del séptimo siglo, la veremos verificada á principios del octavo, haciendo nacer un nuevo sistema de política.

La confederacion de los anglo-saxones, conquistadores de la gran Bretaña, subsistia siempre en aquella isla con el nombre de Heptarchia; pero á pesar de las leyes de la union, era imposible que siete pequeños príncipes vecinos viniesen siempre en reciproca armonia. Se suscitaban zelos, se formaban pretensiones, se hacian empresas, se tomaban

las armas, faltaba el equilibrio, la armonia era interrumpida, y no se ajustaba la paz sino con el designio de romperla á la primera ocasion favorable que se presentase. Por otra parte la situacion respectiva de estas soberanias débiles y circunscriptas en tan cortos límites, se variaba frecuentemente con la muerte de los príncipes, por el carácter y talento de los que gobernaban, por el mayor ó menor influxo que tenian en los negocios públicos, y por otras causas fáciles de comprehender; pero cuya relacion seria muy prolixa. Por tanto esta forma de gobierno traia pocas ventajas, y muchos inconvenientes, no teniendo lugar sino en un pueblo pobre, sin artes y sin industria, qual era entonces el de los ingleses, desconocidos al resto de la Europa, no procurando sino mantenerse en los estrechos límites que se habian fixado: todas estas pequeñas monarquias, poco dignas de nuestra atencion, casi no son conocidas en el dia sino por la sucesion de los príncipes que las gobernaron.

El norte de la Europa estaba tambien sumergido en las mas densas tinieblas, y nada se puede decir que interese, ni que sea verosímil de las naciones que habitaban estos desgraciados climas.

ARTICULO II.

Estado del entendimiento humano respecto de las ciencias y de la literatura.

El resplandor de las ciencias y de las letras se eclipsaba mas y mas, y el entendimiento humano que empezaba á degenerar de un modo tan sensible en el sexto siglo, iba visiblemente á perder toda elevacion, toda fecundidad y todo principio de calor y de vida. Aunque el luxo y el deleyte reynaban mas que nunca en la capital del imperio griego, y las artes propias de la magnificencia, del fausto y de la molicie se cultivaban, la profesion de las leyes estaba abandonada por falta de estímulo y de emulacion: el ingenio, léjos de hacer esfuerzo para extenderse y perfeccionarse, iba perdiendo la idea de las verdades útiles y luminosas que los antiguos habian depositado en sus obras para preocuparse de ideas frívolas y vanas sutilezas. Toda la filosofia estaba reducida á ciertas nociones superficiales de

metafísica y de moral, á algunas opiniones sacadas de Aristóteles, que nadie se tomaba el trabajo de profundizar, y mucho ménos de conciliarlas con las de los demás filósofos: no se había tomado de éste sino su método árido y algunas formas silogísticas, mas propias para debilitar el entendimiento cautivándole, que para hacerle exácto y preciso. La aridez y la mediocridad dominaban en los pocos escritos filosóficos que produxeron los griegos en este siglo. Sin embargo aun subsistian las célebres escuelas de Atenas y Alexandría; pero los hombres que ellas formaban carecian de aquellos rasgos sublimes y de aquella fisonomía noble é interesante que caracterizaban á los que en otro tiempo habian producido. Todo lo que nace del ingenio y exige invencion, fuego é imágenes, como la poesía y eloqüencia, estaba aun mas corrompido por los extravíos de la imaginacion, por el falso brillo de un entendimiento pomposo, el hipo de singularizarse y el desprecio á la ignorancia de las reglas. Se escribia sin embargo con cultura y pureza; pero solo se encontraban pensamientos estudiados, sutiles, poco naturales, y aun ridículos por el trabajo que se tomaba para darles una sublimidad y pulidez que era aparente. Si en el estilo se hallaban gracias y dulzura, eran mas gracias afectadas y melindrosas, y una dulzura que causaba fastidio, siendo hija mas de una molicie que anuncia una alma afeminada, que de aquella elegancia que nace de un modo de pensar vivo y delicado. La historia fué tratada con mejor éxito, ó por mejor decir se preservó mas de los vicios que desfiguraron los otros escritos hasta hacerlos incomprendibles; pero tal vez tuvo otros mas capitales, porque trastornan la primera de todas las reglas, y que se oponen directamente al objeto de las obras escritas para transmitir á la posteridad el quadro de las cosas pasadas sin mezcla ni alteracion. La pasion de lo maravilloso, las profundas preocupaciones y la parcialidad que inevitablemente producen, se difundieron por todas partes, y desfiguraron todas las relaciones, de modo que se necesita toda la atencion y la severidad de la crítica para distinguir la verdad, el espíritu de partido, la adulacion ó el resentimiento es lo que conduce la pluma de los historiadores, que no miran las cosas sino al traves del velo que cubre sus ojos, y todo lo que refieren está alterado en su imaginacion ántes de trasladarse á la pluma.

Se camina con una continua desconfianza tras semejantes guias. Antes de leerlos es menester saber cuáles eran sus preocupaciones, sus intereses, sus partidos, y no perder jamas esto de vista en su lectura, porque es la llave de sus obras. Por otra parte su pincel es como su entendimiento, sin vigor y sin energía. Ellos no pintan ni los acaecimientos, ni los hombres; nada analizan, jamas entran en el por menor de los asuntos, en el exámen de los motivos, ni en el encadenamiento de los sucesos que nacen los unos de los otros. Este estado de la literatura bizantina correspondia al caracter y costumbre de la nacion que carecia de la delicadez de los griegos, y de la sublimidad de los romanos. Quando un pueblo se corrompe, quando su entendimiento decae y se debilita, quando pasa de la grandeza al abatimiento, de la nobleza á la esclavitud, del deleyte á la disolucion, todo lo que produce lleva la señal de su degradacion, y los escritores no pueden ponerse en ninguna clase, sino en la de los hombres de su siglo.

Antes de dexar el Oriente, es menester observar la pérdida irreparable que sufrió la literatura, ó por mejor decir, todas las naciones y todas las edades, con la ruina de Alexandría acaecida en 641. Amrou, general de califa Omar, entró en esta ciudad célebre despues de dos años de sitio: habia sido el emporio del comercio, y el almacén de todo el mundo desde el tiempo de Alexandro su fundador que le habia dado su nombre. La caída de Tiro fué la primera causa de su prosperidad. La de Cartago hizo despues refundirse en ella todas las riquezas que el tráfico les habia proporcionado. Los Ptolomeos sus soberanos se habian complacido en decorarla, pero el principal ornamento que debió á la magnificencia de estos príncipes, era su famosa biblioteca, el mas rico depósito de literatura que jamas la antigüedad habia poseido; ya por eleccion de los libros, ya por su número. Se emplearon los ruegos y las promesas mas seductoras para empeñar á Amrou en la conservacion de este precioso monumento; en donde se encerraban todos los conocimientos del espíritu humano. El patriarca de los jacobitas ó eutichianos monosophitas hizo los mayores esfuerzos para conseguirlo de él; pero este caudillo respondió, que nada podia decidir sobre este objeto, hasta no haber consultado al califa. Escribió, pues, á su señor para saber qual era su voluntad. La respuesta

de Omar fué la de un entusiasta y de un bárbaro: si esos libros, respondió, son conformes al alcorán, son inútiles; si no, impios; de todos modos se hace preciso quemarlos. La orden se hizo executar sin réplica. El califa era entonces gefe de la religion y del estado, y en ambos absoluto. De esta suerte pereció aquella inmensa biblioteca que habia originado tantos dispendios á los monarcas del Egipto, y tanto cuidado á los sábios á cuyo cargo habia estado. Era, pues, tan copiosa, que hubo libros con cuyo fuego se calentaron por espacio de seis meses los baños públicos, cuyo número ascendia á quatro mil. Quando el fanatismo no hubiera causado otros desastres, seria este bastante para hacerle mirar como el mayor enemigo de la humanidad.

La antorcha de las ciencias que habia iluminado la Italia y las Gaulas con una luz tan viva, ya no despedia sino un resplandor débil y á punto de apagarse. Sin embargo, las escuelas que se habian establecido en las catedrales, y las que se abrieron en los principales monasterios para los hijos de san Benito, y las que los discípulos de san Columbano habian fundado, retardaron la ruina de los estudios: á no ser por ellas seguramente se hubiera perdido totalmente el gusto de las ciencias, y con él todas las obras maestras de la antigüedad, y todos los monumentos de la historia. Así, aunque la literatura de este siglo apenas merezca llamarse así, aunque lo que ha producido ménos defectuoso sea casi insoportable, y que la ignorancia, la credulidad supersticiosa, y el mal gusto lo hubiesen corrompido todo, ella ha servido á pesar de esto para continuar la serie de los conocimientos, conservando las obras en que estaban como depositados, y haciéndolos mas numerosos por las copias. Esta era una de las principales ocupaciones de los monges en las horas de descanso que sus reglas les permitian despues del trabajo de manos, muchos de ellos no tenian otra, ya fuese porque este exercicio no diese lugar á otras operaciones manuales, ya porque los abades hubiesen experimentado ser mas ventajoso para los monasterios aplicar los monges á la copia de libros, que á trabajar la tierra, á causa del excesivo precio de los manuscritos, y de la gran dificultad de adquirirlos.

Algunos escritores modernos han empleado sus sabias investigaciones y su vasta erudición en desenterrar hasta

las menores producciones de estos tiempos áridos y estériles, y formar numerosos catálogos de pretendidos sábios que arrojaron algunos débiles rayos de luz enmedio de estas densas tinieblas. Pero habiéndose tomado tanto trabajo para darnos una idea ménos desagradable del infeliz estado en que el entendimiento humano desfallecia á fines del sexto siglo, y en el discurso del siguiente, es evidente que el zelo de su profesion, y la opinion en que estaban de los servicios hechos á las letras por sus mayores, les hacia incurrir en la exâgeración. Concedamos á estos apologistas aduladores, que las escuelas episcopales, y aun mas las monásticas, cuyo honor parece interesarles mas, conservaban aun algun esplendor; no disminuyamos en nada los pomposos catálogos de literatos desconocidos que quieren pasar tan á poca costa por grandes hombres; será ménos cierto que la barbarie y la ignorancia habian llegado á su colmo; que la profesion literaria habia caido en el desprecio á fuerza de vulgarizarse; que los hombres mas distinguidos por su cuna y por sus empleos se gloriaban de su ignorancia; y que los nobles y las gentes mismas de una clase honrada miraban como un testimonio de su nacimiento, y un título anexo á su estado la preeminencia de no saber leer ni firmar?

Si en lo sucesivo llegamos á exâminar los estudios que se hacian en estas escuelas, único asilo de las ciencias, qué hallaremos? Que se estudiaba en ella una gramática sin principios, una dialéctica árida y quisquillosa, y una retórica sin gusto. Los escritos que nos restan de estos tenebrosos tiempos, son por desdicha una prueba demasiado segura de que nada hay arriesgado ni excesivo en esta asercion. El lenguaje es bárbaro en las palabras, y muchas veces sin orden en las frases. Ni se halla método ni conexión en las ideas, ni enlace ni consecuencia en los razonamientos. Los pensamientos son falsos, pobres, forzados y casi siempre ajenos del asunto. Es preciso pasar páginas enteras de sandeces, de máximas triviales, de digresiones fastidiosas, de cosas mil veces repetidas y siempre expresadas confusamente, ántes de encontrar una sentencia que interese, un trozo tolerable y que alivie algun tanto la fatiga que se ha tenido, es una flor marchita, y que se abre con trabajo enmedio de las espinas que la rodean, y que es menester separar con esfuerzo para cogerla. Quando se halla

en un páramo un parage cultivado, la debilidad de las plantas que allí han nacido manifiesta la aridez del terreno á los ojos ménos observadores. A este modo en materia de literatura por las producciones de un siglo debe juzgarse del conocimiento del talento, luces y gusto de los que en él se han consagrado á cultivar las ciencias y las artes; y si se nota que estas obras marcadas en general con el peor cuño, se reducen á narraciones insípidas, inconexas sin artificio, como sin verosimilitud, hay razones para concluir que las reglas estaban desconocidas, los entendimientos viciados, las letras sin esplendor, y que se ignoraba hasta el nombre de gusto y de talento.

La literatura sagrada, que era el principal estudio en las escuelas episcopales y monásticas, no era mas rica, ni se enseñaba con mejor método. Se leían algunos comentarios sobre las escrituras, algunos sermones de los padres, algunas colecciones llamadas *cadena*s, formadas de pasages y cánones sobre los esenciales objetos del dogma y de la moral; se estudiaba la aritmética y la astronomía reducidas al cómputo eclesiástico, los salmos y los himnos de la Iglesia, y con esta ligera provision de conocimientos se pasaba por un sábio. Léanse todas las vidas de aquella muchedumbre de obispos, de abades y de simples monges que fueron la gloria de este siglo por la carrera de las ciencias y de las letras, no se encuentra uno solo, cuyo profundo saber no se pondere; los progresos hechos en las ciencias baxo excelentes maestros; el generoso zelo por la educacion de la juventud y la instruccion del pueblo. Recójase en seguida todo lo que ha salido de la fecunda pluma de estos sábios tan aplaudidos, que han hecho tan buenos estudios, y cuya lista es tan numerosa: no se hallará sino vidas de santos, relaciones de milagros, de visiones, leyendas llenas de cuentos, y crónicas en que casi todos los hechos parecen sospechosos á causa de lo maravilloso en que estan envueltos. Todo ello está tan mal concebido y tan ridículamente imaginado, que es menester todo el ardor que inspira la curiosidad para leer enteramente una sola obra de estas. Tales son los monumentos de literatura, ó por mejor decir de barbarie y de absurda credulidad, á cuya continuacion vamos á decidir sobre el estado de las ciencias en Occidente durante el séptimo siglo. Nosotros no hemos pretendido calumniarle, en las observaciones que aca-

bamos de hacer; la verdad ha sido siempre nuestra guía, como lo será en lo restante de esta obra; y lo que prueba que nosotros nos hemos conducido á la luz de su antorcha en el examen de las producciones literarias de estos tiempos oscuros, es que nuestras aserciones estaban confirmadas por el testimonio de aquéllos mismos que han visto y representado los sucesos por preocupaciones de estado, baxo un aspecto ménos desagradable; ellos convienen con nosotros, que entre los escritos de este siglo tenebroso nada hay que se pueda leer sin disgusto, ya por la eleccion de los asuntos, ya por los pensamientos ó el estilo; que lo maravilloso es lo mas ridículamente inventado, es su único ornamento; y que las obras mas sobresalientes, y de que hablan con mas estimacion, no pueden mantener la atencion de la crítica y del gusto. Nada hemos dicho de mas, llegando al mismo resultado, aunque hemos tocado un camino mas natural y mas corto, debemos tambien convenir con ellos en que las escuelas episcopales y los monasterios encerraban luz que aun subsistia en medio de la densa obscuridad en que estaba sumergida toda la Europa entera. En estos asilos de piedad se conserva el poco gusto que aun se tenia, respecto de las ciencias divinas y humanas con alguna actividad. El zelo de los obispos y de los abades que eran los directores, y muchas veces los maestros de esta especie de colegios, mantenian en ellos la emulacion, y les hubieran hecho producir mas copiosos frutos, si las circunstancias hubieran favorecido mejor sus designios. Nosotros debemos estarles reconocidos, pues que por su medio se han transmitido las fuentes de lo bueno y de lo verdadero hasta los tiempos venturosos en que las ciencias y las artes cobraron nueva vida. Si el siglo de que hablamos, y los que le siguieron no hubieran conservado para un tiempo mas favorable estas semillas preciosas que se han desenvuelto, quando se han encontrado los principios de fecundidad propios á reanimarlas, nosotros estaríamos sin duda en un estado de ignorancia el mas deplorable, y acaso sin la menor esperanza de salir de él. Añadamos con el mismo espíritu de verdad, que si los literatos de estos tiempos oscuros hubieran nacido en una época ménos contraria á los progresos del entendimiento, y si se hubieran visto favorecidos por el concurso de circunstancias, reunidas largo tiempo despues para restituir la luz á la Europa, muchos

de ellos por su disposicion natural, su amor á las letras y su constante aplicacion al estudio hubieran igualado, ó tal vez excedido á los sabios que han parecido ántes de ellos, y á los que se han formado despues.

ARTICULO III.

Estado del christianismo en las diversas regiones del mundo.

Hemos visto ya á los persas armados contra el imperio, llevando la desolacion á todas partes, y sometiendo las provincias orientales baxo el reynado de Focas, y en los primeros años del de Eraclio: los estragos y las crueldades que cometieron en la Siria, en la Capadocia, en el Egipto, y sobre todo en la Palestina exceden á quantas se refieren de los pueblos mas feroces; Eraclio por una serie de victorias abatió su orgullo, encerrándolos, como dexamos dicho, en sus antiguos límites. Ademas de la paz que este príncipe restituyó al imperio por el tratado ventajoso que concluyó con Siroes, hijo y sucesor de Chósroas II. implacable enemigo de los romanos, uno de sus mas preciosos frutos de sus triunfos fué el recobro de la cruz del Salvador: el nuevo rey de Persia la restituyó al emperador en el mismo estado que habia sido robada en Jerusalem baxo el imperio de su padre; en nada se le habia tocado, lo que conoció Zacharias, patriarca de Jerusalem, por la integridad de los sellos que estaban perfectamente conservados. No habia Dios permitido que estos idólatras, cuyo furor no perdonó ni á los obispos, ni á los anacoretas, ni á las vírgenes, llevasen su impiedad hasta profanar el sagrado leño, sobre el qual Jesu-christo habia sacrificado su vida por la salud del género humano. El emperador Eraclio quiso recibir él mismo este monumento precioso, encargándose de conducirlo en persona á Jerusalem. El dia en que executó este piadoso designio fué un dia de triunfo para la religion, y de júbilo para los fieles. El patriarca recibió la cruz de manos de Eraclio, y despues de haberla adorado, la expuso solemnemente á la veneracion del pueblo, volviendo á colocarla en el lugar decoroso que le estaba destinado. La memoria de este suceso se celebra desde

entónces con ceremonias que reproducen á la vista las circunstancias mas interesantes para la piedad.

A pesar de todo esto, el christianismo no cesaba de ser agitado por las diferentes sectas que suscitaban desde tan largo tiempo una cruel guerra en el seno de la Iglesia. A estos males, tanto mas lastimosos, quanto mas antiguos por las profundas raices que habian echado, se agregaron otros de nuevo, cuyos efectos no fueron ménos funestos. Un nuevo error, renuevo de los que habian turbado la Iglesia en los siglos anteriores, vino á cubrir de nuevas tinieblas las verdades que habian costado ya tantos combates. Nosotros exâminarémos por menor en artículo separado, y hallaremos allí baxo diferentes colores los mismos caracteres que ya en los otros hemos delineado; porque la heregia siempre es semejante á sí misma en los puntos esenciales, por muy diestra que sea en variar las formas exteriores, baxo las cuales se manifiesta. Basta decir en este lugar que el monotelismo agitó mas que nunca los disturbios y las divisiones en la Iglesia de Oriente. Muchos patriarcas de Constantinopla, entre otros Sergio, Pirro, Paulo II. y Pablo III., contribuyeron al progreso de la nueva heregia por el crédito de su dignidad, y dos emperadores Eraclio y Constante la protegieron con todo su poder. Podrémos admirarnos á vista de esto de que una multitud de católicos de todas clases y profesiones se hayan dexado arrastrar del ímpetu de esta tempestad? Pero no anticipemos lo que debemos referir bien presto con la individualidad que exige la importancia del asunto.

Un suceso no ménos infausto para el christianismo en general, y en particular para la Iglesia de Oriente, ocurrió en los primeros años de este siglo, y sus efectos fueron arrebatár á la religion todos los países en que mas habia florecido. Ya se sabe queremos hablar de la impostura de Mahoma y de sus maravillosos progresos; pero este asunto merece tambien ser tratado en un artículo separado: solo hemos hablado aquí de esto por seguir el orden de materias, y por dar una completa idea del estado tenebroso en que el christianismo se sepultó casi de repente en las bellas regiones que los primeros siglos habian visto iluminadas con una luz tan pura. Nos contentaremos, pues, con observar aquí que en ménos de cinco años tres de los quatro grandes patriarcas del Oriente recibieron las leyes musul-